

Filosofía y posmodernidad

Manuel Cruz

[Edición de la conferencia homónima pronunciada por el Dr. Manuel Cruz, el 5 de julio de 1998, en la Universidad Adventista del Plata].

POSMODERNIDAD: ¿UNA CUESTIÓN DE MODA?

La posmodernidad, si cabe la expresión, ¿qué quiere decir? Significa, por ejemplo, un cierto agotamiento, una cierta sensación, por lo menos, de agotamiento en relación con el proyecto moderno. Lo anuncia ya el rótulo “pos-modernidad”, que es como decir: “hay que colocarse tras la modernidad”. Como mínimo informa eso.

Pero informa más cosas; porque no es casualidad que en el pensamiento contemporáneo, más aún, en la cultura contemporánea, haya proliferado tanto el prefijo “post”; todo es “post”. Esto puede ser, por supuesto, una cuestión de mercadotecnia, puede ser una mera moda, pero yo siempre tiendo a pensar que a las modas hay que tomárselas, por si acaso, un poco en serio. Porque efectivamente, hay modas meramente efímeras, humo que se desvanece con la primera corrien-

te de aire, pero también hay modas que perduran; muchos de los autores de las tesis que hoy son ya clásicas, fueron modas en su momento. Algo tiene, por tanto, esa moda del “post” que debiera hacernos pensar. Por ejemplo, debiera inducirnos a pensar en una sensación muy extendida en nuestro tiempo, de agotamiento, de límite.

LOS LÍMITES DE LA INTUICIÓN POSMODERNA

Enfatizo que se trata de una sensación de agotamiento, lo cual no significa que ese agotamiento, ese estar más allá del límite, sea correcto. No quiero decir que el proyecto moderno, que la humanidad, esté justamente cansada, sino que esta sensación está muy extendida. Es casi un tópico, y eso es un dato. La sensación es un dato.

Por cierto, ese dato no es de hoy. La tendencia al “post” de la posmodernidad no es algo de hace cuatro días. No es un invento de la filosofía francesa de los años ‘80. Esto viene de más atrás, al menos desde Heidegger, que fue quien pensó, radicalmente, la idea del límite.

Probablemente el proyecto posmoderno, aunque tal vez utilizar el concepto “proyecto posmoderno” sea algo excesivo, la “intuición posmoderna”, también debería ser entendida en ese contexto para analizarla bien; no para verla como un fenómeno contingente, coyuntural.

Manuel Cruz es Doctor en Filosofía y se desempeña como catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Profesor invitado en diversas universidades europeas y latinoamericanas. Es autor de varios libros, entre ellos: *Narratividad: la nueva síntesis* (Barcelona, Península, 1986), *Del pensar y sus objetos* (Madrid, Tecnos, 1988), *Filosofía de la historia* (Barcelona, Paidós, 1991). Dirige las colecciones “Pensamiento Contemporáneo” y “Biblioteca del Presente”, ambas de Paidós Ibérica. Ha publicado introducciones a obras de Wittgenstein y Hannah Arendt. Es colaborador habitual del periódico “El País”, de la capital española.

La posmodernidad, por así decirlo, es mejor que ella misma. Puede tener un cierto fundamento teórico. Creo que lo que nos propone la posmodernidad, como su propio nombre indica, es cuestionar el proyecto moderno, un proyecto que arranca de la Ilustración. Un modelo, tanto de convivencia, asentado sobre el trípede: igualdad, fraternidad y libertad, como un proyecto que confía en la razón, en el conocimiento, en el género humano, y que, por tanto, es relativamente optimista. Eso es lo que se va a poner en cuestión por parte de la posmodernidad. No fueron los autores de los años '80 o '70, no fue Lyotard, ni siquiera Vattimo, el primero que se cuestionó esto, sino que es algo que se viene cuestionando desde hace un tiempo por autores muy sólidos. El tema de la crítica a la modernidad, a la Ilustración, ya aparecía en el libro *Dialéctica de la Ilustración*, de dos filósofos alemanes, Adorno y Horkheimer, quienes hace muchos años se plantearon que había que revisar la cuestión de la Ilustración.

Este es el ámbito que propongo para abrir el debate sobre la posmodernidad. Es una forma de plantear el asunto. Es una mirada un poco más global sobre ella y se debe, entre otras cosas, al hecho de que una crítica injusta, una crítica sobre un objeto previamente deformado, no le serviría a nadie.

FECUNDIDAD Y SUPERACIÓN DE LA IDEA POSMODERNA

Tomémonos por un momento en serio la posmodernidad; tampoco hace falta exagerar las cosas, no hace falta mitificarla, ni tampoco satanizarla.

La posmodernidad, las actitudes posmodernas, irrumpen en un momento dado en el pensamiento contemporáneo, de una forma importante. Sobre todo porque da lugar a una serie de consecuencias nada triviales. Algunas veces he dicho que hay ideas que cortan la respiración; ideas ante cuya mera mención parece como si todo debiera detenerse. Mientras que otras se acomodan a lo que hay, con total plasticidad. Ideas,

La tendencia al "post" de la posmodernidad no es algo de hace cuatro días. No es un invento de la filosofía francesa de los años '80.

éstas segundas, que parecen hechas para engrasar mejor el dispositivo de lo real. Y hay unas terceras, que nacieron con voluntad de ruptura, para ponerlo todo del revés, y que por diversas razones han terminado siendo unas ideas muy acomodaticias, muy poco revolucionarias.

Tengo la sensación de que con la posmodernidad ha pasado algo de esto. Cuando irrumpió en medio del

escenario del debate de ideas, hubo un considerable alboroto, porque sin duda hay afirmaciones que comprometen. Tal cosa ocurre con el tópico posmoderno que sostiene que no existen valores, ni ideales, ni grandes discursos legitimadores, ni concepciones globales de la vida, ni del mundo, ni de la historia. Es la idea de que no hay forma de decidir entre dos concepciones del mundo, o dos visiones, o dos teorías científicas, porque nunca estaremos seguros de cuál es el criterio superior que hace de juez. Esa es una idea que en un contexto plácido, en un contexto de certezas, de firmes convicciones, ciertamente sacudió el panorama.

¿Se han agotado todos los discursos?

Lo que ocurre es que ese tópico ya ha quedado ahí, efectivamente, no ya como un mero lugar común, sino como un tópico, como algo que se da por descontado. Me atrevería a decir que gran parte del pensamiento actual lleva ya tiempo acampado en este territorio. En el espacio de esta idea no hay lugar para valores, ni para ideales. No hay persona culta que hoy se sobresalte al escuchar esta afirmación. Más aún, me atrevería a decir que es de buen tono empezar haciendo, según en qué ambientes nos estemos moviendo, por supuesto, declaraciones de radical escepticismo o relativismo. Es como si hubiera una justa dosis de posmodernidad, de la que todos debiéramos revestirnos, para no parecer demasiado anacrónicos. Dicho de otra manera, en cierto sentido la posmodernidad se ha convertido en la nueva normalidad en materia de pensamiento; lo que empezó siendo absolutamente anormal y generador de traumas, en este momento es la nueva normalidad del pensamiento.

Probablemente en su momento, este cuestionamiento radical, completo, acabado, de la herencia recibida, de las creencias heredadas, fue útil. Nunca está de más la crítica, nunca está de más la autocrítica, sobre todo si la crítica se opone al dogmatismo; siempre está bien ser críticos. Una cierta dosis de actitud “iconoclasta” siempre resulta saludable, entre otras cosas, porque nos coloca frente a la evidencia de que nuestros productos —y nuestras ideas son productos— han sido, por así decirlo, cons-truidos por nosotros. Somos los que hemos elaborado las teorías, y en ese sentido, lo hecho por alguien es siempre susceptible de ser deshecho.

Ahora bien, la cuestión ha de ser que una vez que estas ideas, que este cuestionamiento, se produjo, una vez que se cumplió eficazmente esta función, que se reactivó el recuerdo de la verdadera esencia de las cosas, ¿conviene seguir demorándose en este escepticismo? ¿Es conveniente reiterar una y otra vez esa narración de la obsolescencia completa de todo discurso que vaya más allá de describir la propia perplejidad? Tengo la sospecha de que más allá de un cierto límite, y por eso es que creo que tal vez el momento de la posmodernidad ya pasó, esa reiteración de que no podemos estar seguros de nada, pierde el carácter saludable que pudiera haber tenido en algún momento; pierde incluso el carácter regenerador que pudo haber logrado, para transformarse en devenir, en una simple esterilidad, en una especie de innane complacencia en la propia penuria. ¿En qué situación real estoy pensando al decir esto?

Multiplicadores del escepticismo radical

No planteo esta cuestión para que reparen en ella filósofos profesionales, historiadores de las ideas, sociólogos de la cultura, no, hay otro sector que me preocupa más, en donde creo que esto se manifiesta de una forma más sangrante, porque creo que hay ámbitos en los que este asunto es vivido como un problema real, no como un problema teórico. Es el ámbito,

Ha llegado el momento en que *Auschwitz* y el *Gulag* no son ya el nombre de dos campos de exterminio, sino que son el nombre de la representación del mal en el siglo XX.

por ejemplo, de los profesores de filosofía. Hay un sector importante de profesores, de docentes de filosofía (y estoy pensando en aquellos profesores que imparten filosofía en los primeros niveles, como por ejemplo el secundario), que por razones históricas, que no costaría demasiado reconstruir, porque estudiaron en ciertos años en España (y supongo que en Argentina, con las diferencias pertinentes, también se ha de dar algo similar), se formaron en esos

convencimientos y estupores de los que señalaba antes; crecieron filosóficamente recibiendo la insistente lluvia del escepticismo. Se les insistió demasiado en la carencia de fundamento de las propias ideas, en el programa de la *tabula rasa*, o, al revés, se les previno mucho, porque dijeron que era sospechoso cualquier intento fundamentador en materia de pensamiento. Decían que en el momento en que ellos dejaran de ser estudiantes y pasaran a ser profesores, y cuando les tocara tomar la palabra para decir algo, cuando tuvieran que demostrar, ante otros más jóvenes que no saben filosofía, y cuando tuvieran que decir lo que verdaderamente creen acerca de la naturaleza profunda de su propio discurso, en ese momento experimentarían la sensación de que no pueden dar un paso, de que no tienen nada que decir, porque se los formó en la doctrina de que nada que se diga tiene fundamento. Se los formó en el convencimiento de que toda palabra es una palabra de más. Esto es algo preocupante.

Programa posmoderno versus programa moderno

¿Es realmente el programa posmoderno un programa estéril, en este sentido? O, planteado de otra manera, esta crítica posmoderna, este aspecto de la posmodernidad que cuestiona el discurso heredado, ¿es realmente un cuestionamiento o una crítica completamente satisfactoria? En otras palabras, realmente, ¿tienen estos tópicos la suficiente entidad como para enmudecer el discurso filosófico moderno? ¿Son los argumentos del hombre posmoderno los que dejan sin habla al hombre moderno, al ilustrado y sensato? Por

supuesto, hay de todo. A lo mejor a algún hombre moderno, a algún ilustrado, lo dejará sin habla; pero no tengo la sensación, en absoluto, de que el proyecto, la crítica del hombre posmoderno, sea una crítica que realmente no deje salida a la actividad filosófica. Por esto expreso mi propuesta de denominar esta conferencia “filosofía y posmodernidad”.

Quienes no estén en filosofía, indudablemente, podrán pensar que esto requiere una aclaración. Podrán cuestionar, por ejemplo: ¿qué entiende usted por actividad filosófica que pueda sobrevivir? ¿De qué manera entiende usted la filosofía?

Entiendo, personalmente, que la filosofía es una actividad fundamentalmente crítica. Precisamente, porque la filosofía es una actividad fundamentalmente crítica, y por cierto, tan crítica que es capaz de volverse crítica hacia sí misma, de criticarse a sí misma, no tiene por qué retroceder ante ninguna crítica, por fuerte que ésta sea. El hombre moderno no debe temer al posmoderno. Si le teme, en ese momento de temor está dejando de ser moderno, en el sentido de que está dejando de tener algo que es constituyente de la Ilustración, que es la confianza en la razón, y, a partir de ahí, de la confianza en la humanidad. No creo que la posmodernidad haya aportado argumentos para que sea posible afirmar que esa confianza en la razón debe decaer (al margen de toda la libertad, igualdad y fraternidad de la que podríamos hablar en su momento). Esto no quiere decir que la humanidad, desde la Revolución Francesa en adelante, no haya cometido errores, incluso, monstruosos.

Los posmodernos, en el momento en que se encuentran con un interlocutor que defiende este tipo de tesis, un ser humano moderno, por ejemplo, muy pronto suelen traer a colación lo que podríamos llamar “el listado de horrores del siglo”. Y, efectivamente, este siglo tiene un largo listado de ellos, y ciertamente, impresionantes. Cito sólo dos episodios destacados: *Auschwitz* y el *Gulag*. Dos acontecimientos destacados de

Ser justamente histórico, ser consecuentemente histórico, no es tratar la propia tradición como si fuera un bien intocable que hay que conservar, sino intentar hacer crecer la propia tradición.

este siglo que no son anécdotas. Con esto quiero decir (y reitero argumentos que han presentado otros filósofos), que si *Auschwitz* y el *Gulag* cuestionan el proyecto moderno, es porque *Auschwitz* y el *Gulag* se hicieron en nombre de filosofías políticas, proyectos políticos, que provenían de la Ilustración. Es decir, dicho en una jerga filosófica (y pido disculpas por un momento a los no filósofos), *Auschwitz*, como todo el nazismo, es la apoteosis de la derecha hegeliana; el *Gulag* es la apoteosis del marxismo, o sea de la izquierda

hegeliana. Eso se ha dicho, y habrá que aceptar que hay en ello parte de razón. Ha llegado el momento en que *Auschwitz* y el *Gulag* no son ya el nombre de dos campos de exterminio, sino que son el nombre de la representación del mal en el siglo XX. Efectivamente, *Auschwitz* y el *Gulag* tienen que hacernos pensar radicalmente. Algo habría de perverso cuando se llegó a producir tales frutos.

Mas la razón moderna genera la ciencia como uno de sus productos, que a su vez genera otro subproducto que es la tecnología; ¿qué duda cabe ya de que ambas han producido ciertos efectos perversos y dañinos? De eso casi sería ocioso hablar. Lo que está pasando en el planeta, tomado como globalidad material y natural, tiene una relación directa, de alguna manera tiene que ver con una intervención humana, posibilitada por una cierta tecnología, y animada por una cierta voluntad colonizadora. ¿Qué duda cabe? Habrá que hacerle duras críticas a eso; muy serias críticas, por cierto.

• FECUNDIDAD DEL PROYECTO MODERNO

Ahora bien, esas críticas, ¿son realmente contundentes, demoledoras, como para obligarnos a abandonar el proyecto moderno? ¿Estaremos mejor fuera de él? Porque si éste es una organización de la vida en común, si el ideal de la democracia es un proyecto moderno, ¿creemos que una forma de vida no democrática es mejor propuesta de vida que una democrática?

Bien, para nuestra suerte, está claro que *Auschwitz* y el *Gulag* no triunfaron, sino que, al revés, fueron derrotados. Por tanto, quien ponga esa objeción, quien se cuestione el proyecto moderno aludiendo a eso, a continuación tiene que decir: “bueno, pero a pesar de que esto se produjo, la humanidad fue capaz de producir el antídoto”. Consigno esto, simplemente, por poner todos los datos, absolutamente todos los datos sobre la mesa.

El sentido del “progreso”

El proyecto moderno, entendido así, como confianza en la razón, confianza en el género humano, camina sobre un filo delicado, pero camina. Planteando esto, incluso, en términos que en ciertos ambientes suelen generar gran polémica, me refiero a la denostada idea de “progreso”, es ésta una idea que, a mi modo de ver, dista bastante de haber caducado o ser una idea obsoleta. Reconozco que no pasa por su mejor momento, pero dista mucho de estar agotada. Todavía hay algunos buenos argumentos para quien crea en el progreso. Por ejemplo, si damos una mirada histórica, claro está, no de cuatro días, ni de tres o cuatro años, sino tomando longitudes históricas adecuadas, notamos que hay más democracia, hoy en el planeta, que en el pasado. Se pueden utilizar diversas magnitudes, pero tenemos unas cuantas que podrían reforzar este convencimiento. Obviamente, la metáfora de la botella medio vacía o medio llena funciona aquí; también hemos alcanzado niveles de mal y de capacidad de producción de mal insólitos. Hasta hoy eso también es verdad. Pero es una batalla que se está librando. Somos capaces de producir el máximo mal, pero también está en nuestras manos producir el máximo bien; ahí nos estamos jugando. *Auschwitz* y el *Gulag* no fueron una fatalidad. Fueron producidos por acciones humanas, un mal generado por el propio hombre. Pero también la salida de allí fue generada por el propio hombre. Por tanto, creo que es éste un asunto que está, por lo menos, abierto, y tengo la sensación de que al filósofo le compete en ello una tarea primordial. Pasa por ver hasta

La filosofía mantiene relaciones con otros discursos, y por eso, lo que pase en los otros discursos resuena en la filosofía.

qué punto las ideas heredadas, la tradición en la que él está inscripto, todavía conserva virtualidades, le sirve para entender el presente. Tampoco es solamente una cuestión de competencia, sino que se trata, quizás, de un **deber** que tiene el filósofo, de intentar registrar qué de nuevo puede ocurrir a cada momento.

Todos pertenecemos a una tradición

Con respecto de este punto de vista, fundamentalmente histórico, tengo mi opinión. Creo que sería un error plantear este debate, como decía Ortega y Gasset, en términos exclusivamente adánicos. Él hablaba mucho acerca de este peligro, de esta tentación del pensamiento contemporáneo: la del “adanicismo”; esa tendencia es muy característica del hombre y de la mujer del siglo XX. Los hombres de este siglo, genéricamente hablando, por supuesto, tienen esta tentación. Piensan que ellos son los primeros, los que inauguran la cuestión. Creo que tal cosa es un craso error, pues todos estamos dentro de alguna tradición y traemos como una especie de lastre de condicionamientos que es conveniente soltar, largar cuanto antes. En un sentido más profundo, la tradición de pensamiento nos constituye, nos da forma, nos hace ser quienes somos y esa tradición está presente en muchas cosas.

No es forzoso que debamos entender “tradición” en clave tradicionalista o conservadora. Personalmente la entiendo en un sentido neutro, como la herencia del pasado, una herencia que nos constituye. Existe mucha gente que cree que la crítica a la tecnología es una actitud muy actual; sin embargo, se trata de una actitud típicamente romántica, decimonónica. La novela *Frankenstein* es eso, el miedo a la tecnología, el miedo a que el hombre, cuando accede a un cierto nivel de conocimiento, sea como el aprendiz de brujo, que desencadena fuerzas que no puede controlar. No discuto aquí si tal actitud es buena o mala, si un tipo temeroso de la tecnología tiene razón o no. Lo que digo es que esa actitud no es nueva, aunque pueda ser acertada; para el caso da igual, no entra en el debate. Por

mencionar un ejemplo, las actitudes de otro tipo de signo, como pueden ser las actitudes fuertemente revolucionarias, tampoco son una invención del siglo XX, ni del XIX, ni del XVIII. Existe algo llamado “tradicción emancipatoria”, y así sucesivamente.

Quien no quiera asumir que forma parte de la historia, que está hecho y configurado por la historia, no por ello se saldrá de ella, lo que ocurrirá es que la seguirá sin conocerla bien; se conocerá mal a sí mismo. Pero no por rechazar la historia uno consigue desembarazarse de ella. Esto es algo absolutamente fundamental y creo que es muy pertinente decirlo en esta época, en este momento antihistoricista, en el que tan poco de moda está la historia. Conviene hacer énfasis en esto.

Pero también es muy importante que el filósofo mantenga una fuerte tensión intelectual respecto del presente, que tenga las antenas puestas a fin de detectar lo que ocurre en cada momento, y sobre todo lo que ocurre de nuevo, que es lo que lo empuja a cuestionarse lo heredado. Creo no equivocarme al pensar que ésa es la verdadera relación que debería mantenerse con la propia tradición. Ser justamente histórico, ser consecuentemente histórico, no es tratar la propia tradición como si fuera un bien intocable que hay que conservar, sino intentar hacer crecer la propia tradición.

Esto significa depurarla de aquello que ya no vale y enriquecerla con lo nuevo que viene ocurriendo. No hay contradicción en que ahora esté insistiendo en la tradición y antes haya comenzado afirmando que respecto de las modas hay que ser cuidadoso; porque alimentar la tradición no es mantenerla en formol, en absoluto, sino que es algo así como ponerla a prueba una y otra vez, en este caso particular, es poner a prueba nuestra propia **tradicción moderna**.

SOBRE LA FUNCIÓN DEL FILÓSOFO

Ahora bien, ¿en qué consiste ese poner a prueba, activar, sacudir, la propia tradición? Ni más ni menos

Lo malo de la posmodernidad no es solamente que no nos permite continuar pensando, sino que, en algún sentido, no nos permite continuar viviendo, viviendo bien, con intensidad; eso es lo grave.

que en esto: ser crítico en su máximo significado. Si lo somos con la filosofía moderna, y con la filosofía sin más, nos daremos cuenta de que, efectivamente, no vale decir “no, yo soy filósofo de la estirpe de Platón, o de la estirpe de cualquier otro clásico”; está bien ser de la estirpe de Platón o de Aristóteles, o de Santo Tomás, de Descartes o de Kant, está bien, pero no es éste el debate que deseo abrir. Lo que quiero decir es que esa filosofía se ha dado en el mundo como producto teórico. La filosofía mantiene relaciones con otros discursos, y por eso, lo que

pase en los otros discursos resuena en la filosofía.

La filosofía y su historia

La filosofía fue soberana en el ámbito del saber durante siglos, luego perdió tal condición. ¿Por qué la perdió? Porque en el campo de los saberes ocurrieron cosas, irrumpieron nuevas ciencias, nuevos conocimientos, y esa dinámica llega hasta hoy.

En los años ‘60 tuvo lugar en España una polémica muy interesante a propósito de la función de la filosofía en el conjunto del saber, en abstracto, y, más en concreto, el lugar de la filosofía en los estudios superiores, como se dice ahora, con un neologismo con el que no simpatizo mucho, su “implementación” en los estudios superiores. Fue un debate muy interesante, el cual treinta años después deberíamos volver a tener, pues es necesario volver a preguntarnos: ¿qué hacemos con la filosofía hoy? ¿Por qué? Porque no es la vieja pregunta, la de siempre, ya que decir ¿qué hacemos con la filosofía hoy?, significa qué hacemos con la filosofía en las nuevas condiciones, no solamente sociales o económicas, sino en las nuevas condiciones teóricas. En los años ‘60, en los que la posmodernidad no era aún una moda (la moda era por entonces, probablemente, Marcuse, o el estructuralismo), los sectores más dinámicos del pensamiento español planteaban la filosofía como un saber, como un discurso que tenía que ser capaz de encontrar sus vínculos con otros

discursos y otras prácticas. Concretamente, tenía que saber encontrar su relación con las ciencias, y tenía que ser capaz de encontrar su relación con la actividad práctica por excelencia, que es la política. Ese era el debate de hace treinta años, pero hoy no se puede mantener igual. Porque en treinta años han ocurrido cosas muy significativas, de las cuales la posmodernidad es un episodio y una caja de resonancia.

Ciencia, política y filosofía

Hace treinta años, cuando a quienes comenzamos a estudiar filosofía se nos decía: “la filosofía tiene que encontrar sus vínculos con la ciencia”, nos parecía muy bien, algo deseable, porque en aquel momento nosotros teníamos una concepción inequívocamente positiva de la ciencia. Ésta llevaba por delante el signo más. Cuando se nos decía: “la filosofía tiene que encontrar el vínculo con la política”, nos parecía estupendo, porque también la política tenía adelante el signo más. Hoy, estas mismas tesis ya no se pueden defender con expectativas de ser bien recibidas ante los actuales estudiantes. Porque ni la ciencia ni la política ya no tienen por delante el signo más.

La ciencia, hoy, en la opinión pública, en eso que suele llamarse la “opinión pública”, viene asociada con la tecnología, y ésta viene asociada a la destrucción del medio ambiente, al agujero de la capa de ozono y a todo lo demás que ya sabemos.

La política, no es necesario abundar en detalles, viene asociada al “politequeo”, una búsqueda avara, descarnada, sórdida, del poder por el poder en sí mismo. Esto es lo que, al menos en España, la gente, los jóvenes, piensan de la política y se expresa en la poca presencia de los jóvenes en los partidos políticos y en un índice de abstención muy grande de los sectores juveniles. Por eso, la filosofía no puede seguirse pensando de esa manera. Ha de reconsiderarse a sí misma, otra vez. Probablemente la posmodernidad ha tenido la habilidad de asumir esa bandera. Quien ha teorizado, legitimado o justificado ese signo menos de la cien-

Una de las cosas que tiene que hacer un profesor de filosofía es contagiar la pasión filosófica.

cia y de la política, ha sido la posmodernidad. Por eso el debate con ella es relevante, pero no es suficiente. Hay que ir un paso más allá. Los tópicos de la posmodernidad son importantes, hay que medirse con ellos, pero creo que el proyecto de la Ilustración va más allá. Es un proyecto capaz de absorber e integrar como un momento de su propia crítica a

lo posmoderno. Pero puede y debe, desde luego, ir más allá.

Presente y porvenir de la filosofía

La filosofía debe volver sobre sí misma en otros términos. Debe ser capaz de relacionarse, no solamente con el conocimiento científico. Por supuesto que la filosofía no está para llevar “del carrito” a la ciencia. No creo, en absoluto, que la filosofía deba ser, como antaño fue sierva de la teología, ahora sierva de la ciencia; ni tampoco que se deba condenar a la filosofía a ser mera epistemología o mera “filosofía de”. Creo que la filosofía debe mantener su tensión, mantener su búsqueda ansiosa, casi desesperada por las nuevas preguntas. Por tanto, no estoy reivindicando una “filosofía *perennis*”, ni tampoco la sentencia: “he aquí cómo caduca todo, pero la filosofía permanece igual”. La filosofía, en un cierto sentido, no permanece igual, ¿cómo podría hacerlo?, ¿es que acaso permanece igual el mundo? No.

Hay ejercicios muy interesantes para hacer. Por ejemplo, el físico francés Émile Dubois Raymond, a fines del siglo XIX, pronunció una célebre conferencia titulada “*Ignorabimus*”. Ella, en su momento, fue un auténtico *aldavonaso* a la filosofía de la época. Trató sobre aquellas cosas que estamos condenados a ignorar, que nunca conseguiremos descifrar, algo así como los límites del pensamiento. Él enunciaba ocho o nueve cosas: “*ignorabimus...*” tal cosa, “*ignorabimus...*” tal otra. Alguna de las cosas que este hombre decía en aquel momento, nadie las considera ya un límite. Por ejemplo: “estamos condenados a ignorar la estructura de la materia”. Eso hoy no se puede decir, y sin embargo, en aquel momento, se percibía como un límite

irrebasable. No sabemos lo que son esos límites, porque estamos sumergidos en la historia, y no por encima de ella. En ese sentido, los contenidos de la filosofía no pueden ser siempre los mismos, lo que puede permanecer igual o perenne es la actitud, pero no los contenidos. Quizás sea esto lo que conviene hacer en relación con la posmodernidad, para evitar lo expresado al principio: que la crítica posmoderna termine generando una especie de innane escepticismo, una especie de parálisis.

Pienso que esa crítica posmoderna no tiene por qué desembocar forzosamente en una parálisis, no es una condena, es un momento.

Los profesores “posmodernos”

Volviendo al tema del grupo de personas que me preocupa, el de los profesores de filosofía, los que enseñan filosofía, debo decir que hubo quienes los sumergieron en la posmodernidad en cierto momento, y luego los pusieron delante de un auditorio, y ahora están paralizados. Creo que a ese tipo de incipientes filósofos les convendría recuperar, más que a nadie, esta actitud crítica, extremadamente crítica, ante el presente. Entre otras cosas, podrían empezar siendo críticos con la posmodernidad y, si fueran capaces de comenzar siendo críticos con la posmodernidad, ya empezarían a salir de ahí, de ese presunto pozo en el cual parecen estar metidos. A continuación, quizás, dicho esto como un modestísimo consejo, aunque no soy alguien para dar consejos, deberían comenzar a pensar si la filosofía, además de ejercer esa actividad crítica sobre la política o sobre la ciencia, también debería volver a ejercer esa actividad crítica sobre otros aspectos de lo real, en concreto, la vida misma.

Digo esto porque hay algo que no debemos olvidar. En el fondo, tal vez, debiéramos leer ese tópico kantiano que expresa que no se enseña filosofía, sino que se enseña a filosofar, en el sentido de que en la comunicación filosófica, además de informarse sobre determinadas cosas, además de proponerse determina-

El filósofo empieza a existir como tal en el preciso momento en que la realidad rompe a hablar, en el momento en que la experiencia despliega todos sus significados.

dos “filosofemas”, que son como cápsulas de pensamiento, siempre ha de tratarse otra cosa, a saber: transmitir las enseñanzas de la propia vida. Esto lo han hecho los filósofos, aunque a veces quisieron ocultarlo, aunque pareciera que hablaban de otra cosa, pero hablaban de su propia vida.

El valor del pensamiento

En cualquier texto, no sólo en los de filosofía, además de la información que se acumula, de los conocimientos que se transmiten, hay siempre una especie de destilado de la propia vida, que no siempre está a la vista, que no está en la espuma del texto, sino en el fondo. Probablemente una de las tareas “nuevas” del filósofo debiera ser, también, rastrear esas convicciones profundas que la gente del pasado ha ido acumulando. A lo mejor leer a los clásicos también debiera incluir esta dimensión. De alguna forma, lo que hace que las obras de los grandes autores sean grandes obras, es porque en ellas el autor nos cuenta su vida. Incluso la *Fenomenología del espíritu* nos cuenta la vida de su autor, Hegel.

Estas grandes obras nos cuentan la vida de sus autores en un determinado sentido, no sus vidas en el sentido de lo que les pasó, de episodios concretos, sino en el sentido de que nos están mostrando que el pensamiento, que la filosofía, son una formidable y fascinante aventura personal, y que hay pocas cosas más intensas, más fascinantes, que el trabajo teórico, que el propio pensamiento.

Esto conviene decirlo, porque, precisamente, a lo que parece abocarse la posmodernidad, el escepticismo posmoderno, es a eso, a una renuncia a seguir pensando, porque no tenemos cómo fundamentar aquello que pensamos. Lo malo de la posmodernidad no es solamente que no nos permite continuar pensando, sino que, en algún sentido, no nos permite continuar viviendo, viviendo bien, con intensidad; eso es lo grave.

La superioridad de la filosofía moderna respecto a la actitud posmoderna tiene que ver con este *plus*, con

esta capacidad de reconectarse una y otra vez con la vida; ésta es una pista que vale la pena seguir.

En relación con la crítica que ha hecho la posmodernidad acerca del agotamiento de los grandes discursos, de las grandes teorías, diremos que, tal como reza uno de los tópicos de Lyotard: se han acabado los grandes relatos, las grandes concepciones teóricas. Creo que lo malo de un discurso filosófico no es el hecho de que sea grande, pues no me atrae un discurso por su tamaño. Tampoco pienso que sea una cuestión de ambición. La moda posmoderna, de alguna manera, proclamaba la sospecha en relación a los discursos demasiado ambiciosos. No creo que sea éste el eje de la cuestión. Lo importante de un discurso pasa por la relación que éste propone con el mundo. Por eso afirmo que conviene subrayar una relación vital en el discurso filosófico y lo que hay en él de su conexión vital con el mundo. En ese sentido, el filósofo moderno, hoy (y en esto coincide con el filósofo sin más), puede tener una actitud que otros (no exageradamente críticos, sino malamente críticos de la modernidad), no pueden tener.

CONTAGIAR LA PASIÓN POR LA VERDAD

Una de las cosas que tiene que hacer un profesor de filosofía es contagiar la pasión filosófica. Además tiene que transmitir, y dar indicaciones bibliográficas, por supuesto. Dudo de que se trate, en último término, de otra cosa, y, a mi parecer, contagiar la pasión filosófica no pasa por convencer a quienes no han conocido esa pasión de que en el texto podemos encontrar tanta intensidad como en la experiencia, sino justamente mostrar lo que el texto contiene de experiencia. Pero eso sólo será posible si uno está abierto al pasado, a la experiencia de los otros, de lo contrario, es imposible. Hay que estar dispuesto a reconocer que los demás, aquellos que “fueron” antes que yo, incluso mucho antes que yo, vivieron cosas dignas de ser sabidas.

Para el filósofo, el mundo es el espacio, el escenario en el que se hace visible la teoría. El filósofo empieza a existir como tal en el preciso momento en que la realidad rompe a hablar, en el momento en que la experiencia despliega todos sus significados. Por ello,

el filósofo no posmoderno no tiene nada que temer, en absoluto, al filósofo posmoderno. Tiene confianza en sus posibilidades, porque confía en que la experiencia se transmite a través del lenguaje y éste circula en la historia. Eso difícilmente ha de caducar, por más pesimista y agnóstico que se pueda ser.

El criterio de bondad de la propia experiencia es que se deje **decir**. Lo importante es que el diálogo continúe, que la palabra siga siendo, porque si ella sigue siendo, ahí sigue habiendo pensamiento. Y si esto es así, los posmodernos, en la medida en que querían ejercer como enterradores o forenses, figuras, por cierto, bastante lúgubres y sórdidas, están condenados al fracaso. Eso será verdad si el filósofo es capaz de hacer aquello que puede convencer, contagiar la pasión filosófica. No es fácil, y en todo caso uno nunca termina de saber si lo ha conseguido.